

ENUNCIAR/INTERPELAR DESDE EL MARGEN
(LAS METÁFORAS DE LA INTEMPERIE)

Laura Scarano
Universidad Nacional de Mar del Plata

En este trabajo pretendo esbozar algunas reflexiones en torno a problemas que se han convertido en centrales para nuestra tarea de críticos culturales y, más aún, para nuestro posicionamiento como sujetos dentro de un campo intelectual cada vez más transdisciplinario. Las llamadas Teorías Poscoloniales buscan reescribir cuestiones que los Estudios culturales y las Teorías sobre la Posmodernidad habían colocado en el centro del debate. En cuatro secciones, una serie de nociones son puestas a dialogar entre sí, atendiendo a sus propios contextos de emergencia y a sus migraciones a nuestro ámbito cultural latinoamericano y argentino: "Del margen como lugar de enunciación", "¿Poscoloniales o posmodernos?: Un dilema importado", "Global/local: argonautas en un océano virtual" y "Las metáforas de la intemperie (o las argucias del superviviente)".

Centro y margen, subalternidad o periferia, global y local deberían funcionar no como categorías rígidas sino como perspectivas móviles, emplazadas en un discurso situado en y desde Latinoamérica y Argentina, enriquecidas por una serie de conceptos que sirven como disparadores para construir una reflexión contextualizada donde reconocernos: "culturas híbridas", "fronteras porosas", "poderes oblicuos" (García Canclini), "locus de enunciación diferencial" y "racionalidad de las emociones" (Mignolo), "periferias culturales y descentramientos posmodernos" (Nelly Richards), "relocalización de la

cultura" y "sujetos intersticiales" (Homi Bhabba), "borderland o tierra de frontera" (Gloria Anzaldúa), "sensibilidad anfibiológica" (Javier Sáez), etc.

1. Del margen como lugar de enunciación.

Proponer como problema el margen como lugar de enunciación puede generar expectativas conocidas: nos embarcamos en una reflexión teórica con pretensión científicista, de elaboración de axiomas generales. Sin embargo adjetivar los sustantivos del enunciado (margen **indeterminado**, lugar **impreciso**, enunciación **incierta**) nos descoloca de tal horizonte de expectativas, nos descentra del objetivo de sistematicidad y de la pretensión de validez general, en fin nos instala en un espacio ambiguo e incómodo donde sin embargo teorizarnos se vuelve una aventura, abriéndose un espacio de creación de pensamiento articulado en zonas movedizas y dinámicas.

El margen que nos ocupa es indeterminado. Podemos preguntarnos, entre otros interrogantes, si es el margen de un único centro estable (la periferia cultural de un centro histórico), o bien si se trata del margen de otro margen, como un espejo en abismo. ¿De qué margen hablamos: social, político, genérico, étnico? Como lugar es cuanto menos impreciso. ¿Es Argentina Latinoamérica? ¿Es el pensamiento cultural como campo discursivo? Los nudos de conflicto se aglutinan entorno a unos pocos conceptos que funcionan como disparadores para iniciar una reflexión contextualizada. De todos no puedo ignorar que los pares centralidad/margen, local/global, entre-espacio y locus de enunciación son los protagonistas de un debate que, en nuestras conciencias, está latente y busca emerger en forma de escritura.

Enunciar desde el margen (genérico, lingüístico, racial) es encarnar una historia local, asumir la particularidad de una voz, confrontar con el centro que hace de ese margen un espacio, otro, ajeno, subalterno, de límite hacia afuera. Reconocer las flexiones propias pone en marcha un mecanismo donde la voz se constituye en principio desde la confrontación y la diferencia con lo que no es o no reconoce como su igual.

El territorio de la enunciación que se asume como margen plantea interrogantes difíciles de articular desde un pensamiento hegemónico, canónico, con pretensión de validez universal. Por eso una reflexión que se pretenda teoría desde esta nueva territorialidad exige socavar los presupuestos clásicos atribuidos al ejercicio teórico (neutralidad, abstracción que niegue lo concreto, globalidad que niegue lo específico). ¿Es posible una teoría de la enunciación de sujetos-márgenes? En la inscripción misma de esta reflexión ¿no surge acaso la paradoja básica de producir un conocimiento "incorporado", encarnado en la experiencia, pero que eluda la sistematización homogeneizadora de premisas generales? ¿Qué significa realmente pensarse desde el margen y asumir una enunciación alternativa, particularizada; y cuáles serían sus consecuencias?

Enunciar desde el margen ¿configura per se sujetos de un discurso subalterno? Margen y subalternidad ¿no reifican un pensamiento binario que procuramos superar o desplazar? Sabemos sin duda—y a esta altura de esta salvaje globalización ya todos lo experimentamos—que sería ingenuo ignorar la existencia y funcionamiento de esos centros y hegemonías aglutinantes del poder. Pero, ¿no significa entrar concesivamente en ese juego del poder aceptarnos como margen y subalternidad? Quizás sería asumirnos como sujetos de un discurso delimitado precisamente por ese poder, que nos brindaría así la posibilidad de la existencia y del habla y que de algún modo a la vez nos neutralizaría.

Me pregunto en realidad por la utilidad epistemológica de conceptos como “margen” y “subalternidad” para definirnos e identificarnos, ya que en última instancia es también subordinarnos al lugar que el centro nos asigna en el tablero mundial. Nos llaman (o nos llamamos) “poscoloniales”; nos nombran (o nos nombramos) objetos de estudio “subalterno”; nos sentimos “alternativos” y “márgenes” de quienes monopolizan el discurso exportable. Somos el afuera de un primer mundo que nos mira y nos estudia. Pero ¿cuál es nuestro adentro?

Pensar nuestro lugar como “sujetos dicentes” (Mignolo 1995c, 9) en el margen supone también un esfuerzo por definirnos y asumirnos como sujetos de un discurso crítico elaborado en la periferia (marítima: Mar del Plata) de una periferia mayor (Buenos Aires, Argentina, Latinoamérica). Pero ¿es en realidad así? ¿Somos el margen de un supuesto centro fijo como un satélite lo es de su dependencia del planeta madre que lo sujeta a su órbita? ¿Aporta tal “centro” a mi reflexión crítica una dimensión nuclear o insoslayable? No me parece convincente emplazar nuestro pensamiento en las coordenadas esencialistas de centro-periferia como si se tratara de esferas predeterminadas. El tablero mundial se ha movido demasiado para creernos ingenuamente sólo una pieza más de aquella ancestral dicotomía política. La historia ha barrido los límites precisos entre aquellos binarismos a ultranza.

Margen y subalternidad funcionarían mejor, no como categorías rígidas y excluyentes, sino como “perspectivas” en cruce. Como sujetos del margen, pertenecemos simultáneamente a diferentes áreas y espacios, coexistimos en diferentes temporalidades y espacialidades: local/global es una de esas topografías, precapitalismo/ posmodernismo (o globalización) podría ilustrar otra faceta de ese doble estatuto, como hace años ya apuntaba Ticio Escobar. En palabras de Homi Bhabha, estamos inmersos en una “in-between temporality” que nos construye como sujetos “intersticiales” (13). Si para la cultura globalizadora y massmediática que integramos ya no son pertinentes problemas como los de verdad, ética y representación, todavía lo son para otros vastos ámbitos de nuestra propia cultura local, donde también nos reconocemos (Canclini 90).

Mirar el mundo desde una cultura híbrida o desde el margen supone percibirnos desde una fractura sustancial en el orden de la experiencia, que

pugna por encontrar nuevos contactos con la realidad con un nuevo lenguaje que nos represente, precisamente en ese movimiento de diáspora e incertidumbre (Canclini 81).

2. ¿"Poscoloniales" o "posmodernos"? ¿Un dilema importado?

La adopción de la discursividad poscolonial entraña el riesgo de reinscribir la dicotomía Centro/Periferia a partir de un modelo teórico que es legitimado por el Centro. Muchas veces hemos dicho que debemos dejar de "importar" categorías teóricas para explicarnos. Sin embargo, es visible que la defensa "posmoderna" de los márgenes, el descentramiento y la diferencia, su relativización de los absolutos y su deslegitimación de teorías universalistas han empujado, en palabras de Nelly Richards, "a la Periferia a rediagramar sus ejes de confrontación polémica debido a esta flexión perversa del Centro que juega a arrebatarle su protagonismo a lo alterno" (1981, 5).

Las teorías postcoloniales intentan reescribir los postulados de la posmodernidad en clave "marginal", para pasar de una actitud de mera "dependencia e imitación como reflejos colonizados, a la parodia y el reciclaje como estrategias descolonizadoras" (Richards 5). Sin embargo, la resignificación de los márgenes desde nuestro propio lugar de enunciación debe superar el binarismo "modelo/copia" u "original/traducción" que nos condena a un permanente "travestismo cultural" (5). Debemos aprovechar el estatuto mutante y desestabilizador de las mismas premisas de la posmodernidad, en esta fase postaurática, y revertir su potencial desacralizador de un centro omnipotente y universal, para nuestro propio provecho. Aunque Richards advierte con razón que es conveniente seguir aplicando una duda metódica a los nuevos mitos desacralizadores del Centro, por el hecho de que vienen impuestos por el propio modelo, ya que en última instancia "mujer y tercermundo son todavía categorías **habladas** por la posmodernidad, sin que la institución afloje el monopolio discursivo de la toma de palabra" (6). Porque "celebrar la diferencia como festividad exótica [que sólo matiza lo universal] no es lo mismo que otorgarle al sujeto de esa diferencia el derecho a autogestionar sus propias condiciones de manejo discursivo", "a practicar su diferencia" (6).

Para Richards, los marcos teóricos de la posmodernidad nos ofrecen la oportunidad de volver a examinar la cuestión de nuestra identidad como

individuals born of and into the dialectic mixture of the different languages surrounding us, which have practically fused to produce a cultural identity experienced as a series of collisions. This identity can be understood as an unstable product of modernity's tropes which involve a continuous regrouping, distorting and transforming of imported models. (1988, 12)

Como bien señala Mignolo, no hay una macro-teoría universal válida para todo y para todos: el discurso teórico está emplazado en lenguajes específicos e historias locales (1996b, 11-12). Las sensibilidades particulares de nuestro lugar nos hacen conscientes de que existe un terreno emocional desde donde construir nuestro pensamiento teórico. Y esta sensibilidad (“the rationality of emotions and sensibilities” opuesta a “the rationality of reason” [7], en palabras de Mignolo), tiene que ver con la territorialidad, e incluye lenguaje, comidas, olores, paisajes, clima y todos los signos básicos que unen nuestro cuerpo con nuestro lugar (12).

Al incorporar conceptos teóricos del pensamiento desarrollado en el centro, con frecuencia lo hacemos despojándolos de su propio contexto de producción: de sus sujetos, sus lugares y tiempos, sus marcos disciplinares. Así vamos refuncionalizando (canibalizando) tales nociones según las necesidades sociales del mercado del conocimiento. Es lo que pasa con las teorías poscoloniales aplicadas a América Latina que “acarrear marcas y signos de otros espacios-tiempos”, en palabras de William Rowe (1). Pasaje a menudo asimétrico que nos impele a interrogarnos: “¿En qué medida se trata de luchar por el prestigio intelectual dentro de sistemas burocratizados, y no de intentos de producir sujetos transformadores de la realidad” (Rowe 1). Esta “transferibilidad de signos, voces y conceptos” corre el riesgo de construir “epígonos transfronterizos” (1). Por ello cabe recuperar la noción de “cronotopo” bajtiniano, como lo hace Rowe, en cuanto a que el “sentido” se moldea simultáneamente “en el interior y exterior de los textos” (Rowe 3).

Si no queremos que nuestro discurso se haga impermeable a los acentos locales, debemos investigar el proceso temporo-espacial de la formación de los conceptos, su ubicación cronotópica, su regionalidad específica (4): “Investigar el lugar en que se está [. . .] no sólo es una necesaria dimensión de la investigación sino que constituye un ejercicio del poder en su sentido más llano: la producción de acciones posibles.” (7).

Según Walter Mignolo, en Latinoamérica, posmoderno y poscolonial son las dos caras de una misma moneda. La salida de este dilema sería pensar en términos de globalización como proceso planetario con diferentes temporalidades que coexisten. Entender las culturas como inmersas en “a plurilogic and pluritopic process contributing to a planet in which similarities-in-difference could replace the idea of similarities-and-difference” (1996b, 39), esquema construido por los discursos coloniales e imperiales como marco para pensar al otro subalterno, periférico, subdesarrollado. El desafío consiste en “desubalternizar” los estudios académicos mediante una mirada crítica de la propia producción y reproducción del conocimiento (39), sin caer en nuevas formas de colonialismo académico bajo la creencia de discursos liberadores (28).

El término poscolonial que ha venido a reemplazar el de “Tercer Mundo” es usado para designar áreas que experimentaron la colonización y son

consideradas económicamente subdesarrolladas. La razón poscolonial emerge así como un nuevo modelo para pensarse más allá de "la edad europea", capitalizando las políticas locales (étnicas, lingüísticas y geoculturales): "In a globally interconnected world, there is no other choice that practicing a pluritopic hermeneutic that regional interconnections in a global network require" (Mignolo 1996b: 47, 53).

La poscolonialidad representaría así un conjunto no sistematizado de conceptos que nos permiten pensarnos fuera de los esquemas de las teorías centralizadoras. El prefijo "post" no marca una secuencialidad fatal de la serie histórica, afirman sus teóricos. Fuimos colonias de España y seguimos siendo colonias de otro orden, del que marca la globalización y el nuevo alineamiento político mundial. El prefijo "post" señala, por el contrario, la dirección del desafío. Pensarnos "después de" nuestra historia colonial, asumir sus legados y recuperar un rumbo propio. Sólo así me parece productivo insertarnos en el debate que origina. De otro modo "las resistencias poscoloniales" parecen plausibles: sería un modelo importado más como el de la posmodernidad que la periferia busca asimilar para legitimar sus marcos de pensamiento y por ende su existencia. Con un agregado aún más grave: que nos piensen en el centro y nos etiqueten es la premisa necesaria para que podamos ser sujetos de discurso. Nuestra capacidad de producción estaría sujeta a la legitimación que nos debe venir del centro, reeditando nuestro rol pasivo de importadores de teorías.

En la ruta abierta por Edward Said, teóricos poscoloniales como Homi Bhabha y Gayatri Spivak investigan la manera como el discurso colonial produce al colonizado como objeto de estudio, en un proyecto orientado a "rename the postmodern from the position of the postcolonial" (Bhabha 175). El Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (GLES), por ejemplo, intenta repensar estos problemas en Latinoamérica, atendiendo a las formas en que "los sujetos subalternos han ido canibalizando el discurso europeo, creando, a partir de él, un lugar propio de enunciación" (Castro Gómez 3). El proyecto postcolonial busca descentrar ese eje universalista, proponiendo "una mirada realizada desde los márgenes de la episteme moderna" (Castro Gómez 11).

Nuestro legado colonial en Argentina ha construido nuestro lugar de enunciación en un espacio de desconcierto: no reconocemos explícitamente ancestros indígenas, desconocemos teóricamente la "barbarie" y la sentimos siempre ajena, nos emplazamos en un crisol étnico donde la inmigración europea parece convertirse en la única herencia admitida. De estas incertezas sólo pueden emerger reflexiones imprecisas, titubeantes, encarnadas más en el sentimiento que en la razón, en el cuerpo y las emociones más que en la abstracción ordenadora del intelecto. La imagen del borde, del intersticio, de esa "twilight zone" que es el entre-espacio nos diseña como sujetos anclados en lo global y lo local sin ser propietarios de ninguna de las dos esferas. Tampoco tenemos el consuelo de la teórica chicana Gloria Anzaldúa, de sentir

un "borderland" que reconoce una múltiple pertenencia (náhuatl, española-mexicana e inglesa-norteamericana). No estamos seguros de los territorios culturales que nos constituyen como argentinos. No estamos seguros de lo local, en tanto le es negado su reconocimiento por lo global; tampoco nos sentimos seguros con lo global, en tanto nos es ajeno su lugar de origen implantándose en nuestra historia sin admitir nuestra regionalidad específica.

3. Global/local: argonautas en un océano virtual.

Global/local parece entonces una premisa más actual para pensarnos ya no de uno u otro lado, sino en ambos, fatalmente anudados en sus intersecciones, en un cruzamiento supraterritorial. No hay duda sin embargo de que lo local que signa mi discurso más allá de mi intención aparece tenuemente asimilado a patrones de pensamiento predominantemente globales.

Somos argonautas en rutas y mares virtuales, atravesando una red de redes planetaria que nos atrapa con su único ojo de pantalla electrónica y sensibilidad digital. La experiencia de la navegación por Internet desde la precariedad (edilicia, tecnológica, material) de nuestro sistema universitario argentino, es un símbolo elocuente del impacto de lo global y su conflictiva inserción en nuestro ámbito local. Esta experiencia es dramáticamente verbalizada por Christian Ferrer con una metáfora turbadora: navegamos por un océano virtual "que no contempla la posibilidad cognitiva del naufragio" (aunque en términos existenciales a menudo lo experimentemos).

Se dice que la globalización es un proceso mundial que ha replanteado las viejas identidades nacionales, antiguamente sujetas a conceptos como nación, territorio, lengua, redistribuyéndose hoy nuevas posiciones de enunciación y produciendo diferentes sujetos culturales. Las identidades respondían antes a regímenes de representación que, elaborados desde las metrópolis de la modernidad, construían al "otro cultural" desde sus propios parámetros de intelección, siempre como "diferente" al yo que el centro configuraba, fuertemente estructurado, centrado y exclusivista (en palabras de Stuart Hall), como la especulación teórica de Edward Said ha demostrado sobre el "orientalismo". La identidad como sistema operativo de representación homogénea y unitaria cristalizó la ilusión de un punto de referencia estable en un mundo social confuso y cambiante. Sin embargo hoy sabemos que la identidad se constituye mediante la absorción y exclusión de la diferencia (social, sexual, étnica), ya que los procesos de globalización han desnudando la precariedad de identificaciones culturales sólo anudadas a la territorialidad o al idioma.

La producción multinacional aliada de economías locales dependientes y las migraciones laborales del mundo posterior a la guerra fría configuran un nuevo mapa cada vez más incierto que hace imposible concebir a las naciones

como parcelas con una dinámica propia y un control autónomo, y del mismo modo a su producción de conocimiento. Fronteras lingüísticas móviles, forzosos bilingüismos impuestos por la internacionalización de los medios de comunicación (Cable, Internet, etc.), junto con la erosión de tranquilizadoras nociones como soberanía nacional o identidad cultural homogénea, nos interpelan, y construyen un mapa epistemológico radicalmente distinto al de décadas atrás.

La globalización configura una forma de representación fuertemente homogeneizadora, que quiere absorber las diferencias como resorte fundamental para la expansión desde su lógica de mercado transnacional. No importa la clase, sexo o etnia; necesita incorporar a todas las minorías a su dinámica de consumo y expandir su área de control. Por ello no busca anular sino negociar con la diferencia, repenetrando y remodelando las especificidades regionales.

Nuevas preguntas se articulan desde esta esfera: ¿puede lo global convivir con lo local, con lo diferente? ¿O transforma lo local en meros exotismos exportables para garantizar consumidores diferentes? La última fase de la globalización marcada por el mercado transnacional e informático ¿representa el apocalíptico fin de la historia? ¿O bien es la última fase que contiene a todos y a todo en una ilusoria comunidad de pluralidades sin tensión? ¿La convivencia entre local y global es pacífica? ¿O crece en la contradicción y la pugna entre poderes?

Estos interrogantes articulados en la reflexión de muchos teóricos poscoloniales, como el jamaicano Stuart Hall, lo llevan a formular una pregunta crucial: ¿es lo mismo hablar de la globalización y sus efectos en Calcutta o en Argentina que en Manhattan? (33) ¿Cómo se vive el proceso globalizador desde sus márgenes?

Desde los '70 asistimos a la emergencia de nuevos sujetos, nuevos géneros, etnicidades y regiones, anteriormente excluidos de las formas canónicas de representación cultural, que buscan representarse con su propia voz, recobrando sus historias escondidas. Paradójicamente la marginalidad se ha convertido en un espacio de poder, que amenaza escapar al control epistemológico del centro. Y es aquí donde el concepto de locus diferencial de enunciación cobra importancia: "It is when a discourse forgets that it is placed that it tries to speak everybody else", afirma Stuart Hall (36). El locus de enunciación centro-europeo del discurso de la posmodernidad creó la ilusión de que podía hablar por todos; las teorías poscoloniales buscan atacar precisamente esta ficción de núcleo inamovible y universalista. Redescubrir un lugar propio, un contexto, un pasado, un origen, las raíces es el desafío que se nos presenta para posicionar nuestro discurso y, en palabras de Homi Bhabha, "relocalizar la cultura."

Pero ahondando más en el concepto de local resulta muy sugerente la bipartición de Walter Dignolo referida al locus de enunciación (ser de / estar en): "Los actos dicentes se articulan en la confluencia del lugar desde donde

uno viene y el lugar donde uno está" (1995, 177). En nuestro discurso crítico debo reconocer que ambos conceptos aparecen obnubilados por un tercero, que nos descentra: el saber de. Y este saber de nos remite casi siempre a lo que nos trae la esfera de lo global, a la legitimidad de los conocimientos instaurados por y desde un lugar que nos es ajeno (el centro): ni somos de él ni estamos en él, sino por rebote de sus ondas informáticas, como espías subrepticios de un juego al que no fuimos invitados. Y cuando fugazmente ingresamos lo hacemos como receptores pasivos, en nuestro fatal rol de consumidores necesarios pero secundarios de sus productos. El único papel que nos es permitido jugar es el de saber de y reproducir obedientemente ese saber en nuestros propios (pero acotados) términos. El desafío reside quizás en encontrar en nuestro propio discurso un saber local que nos religue con el lugar de origen (*ser de*) y con el lugar de permanencia (*estar en*).

La hibridez básica de nuestras culturas, en palabras de Néstor García Canclini, reside en sabernos pertenecientes y simultáneamente no pertenecientes a Occidente, poniendo al mismo concepto de cultura en entredicho, ya no como cuerpo estático de elementos culturales sino como proceso de interrelación discursiva (Canclini 78). Asistimos al pasaje del concepto de sujeto cultural como función epistemológica al de práctica enunciativa (Bhabba 177).

Hasta aquí he estado asediando nudos conceptuales que me parecen enriquecedores para pensar un conflicto básico: el de los marcos teóricos para pensarnos como sujetos de un discurso crítico desde nuestro lugar de origen y permanencia (llámese Tercer mundo, margen, subalternidad o periferia), recuperando, en palabras de Homi Bhabba, "the right to signify from the periphery" (2).

Pero, a cada paso, persiste la pregunta: ¿por qué es necesario catalogarnos? ¿No es esa una necesidad también importada desde un sistema conceptual jerarquizador que exige tipologías, clasificaciones, definiciones, reparto de papeles? ¿No es un residuo estructuralista que en verdad nos es ajeno a nuestra cultura integralista y antijerárquica? Pero, a la vez, negarnos como periferia ¿no es ignorar nuestro papel en el juego de fuerzas del nuevo orden mundial? ¿No es desconocer obcecadamente que la globalización llegó para quedarse y que no podemos ignorar tampoco sus catálogos de identificación?

Pero, ¿qué digo entonces cuando escribo? ¿Qué sujeto genera mi escritura? ¿Qué sujeto diseña mi decir más allá de las palabras, en su proyecto? ¿Qué conocimiento puedo elaborar que interese en y fuera de mis fronteras locales? ¿Para qué y para quién escribo? Los interrogantes, circulares y rizomáticos, emulan inconscientemente la geografía marítima de mi lugar de enunciación (como las olas vienen y van). Y más allá de la rudeza primitiva de la analogía inscriben una forma de discurso que me pertenece y en la que finalmente me reconozco. Mi legado colonial es la ignorancia, no la propia sino la del poder sobre nuestra existencia, la de la historia central sobre la

historia local, la del conocimiento impersonal y universalista sobre la del conocimiento precario y provisional. Marcas definitivas del sujeto que me escribe y del discurso que escribo, sin artificios que disimulen la incertidumbre como centro neurálgico de su precaria existencia. ¿Es posible producir un conocimiento desde estos marcos inestables sin reproducir al mismo tiempo su estatuto mutante, provisional y aleatorio? ¿Qué otra cosa podemos producir como sujetos fronterizos sino esta misma "razón imprecisa de vida"? Este paradigma tensado entre un centro móvil ajeno pero omnívoro y un margen propio pero ineficaz para imponer sus propias premisas puede reducirnos a la mudez, a la inoperancia del decir/hacer o bien lanzarnos a una travesía de enunciación disruptiva, sesgada, fragmentada. Quizás de los fragmentos discursivos, de los préstamos resignificados y de nuevas miradas impertinentes sobre los problemas importados, podamos edificar alguna certidumbre.

5. *Las metáforas de la intemperie (o las argucias del superviviente):*

Pero, ¿somos acaso sujetos anclados en un único margen? El cruce de esferas y ámbitos de la experiencia cotidiana rearticula nuestro posicionamiento como sujetos entre "fronteras porosas" (García Canclini), permitiéndonos transitar lo culto, lo popular y lo masivo, lo moderno y lo tradicional, salsa, rap y ópera, lo global y lo local, las seducciones del centro y las resistencias periféricas. Estamos constituidos por múltiples márgenes en permanente flujo: somos huéspedes y anfitriones sucesiva y alternativamente de los espacios que ocupamos, tanto los físicos como los virtuales. Usurpamos los frutos del centro sin perder la conciencia de nuestra corporeidad de margen. Desarrollamos estrategias "furtivas" (Sáez) para canibalizar y remodelar premisas que la modernidad central produce para sí, hilvanando sus restos y retazos con nuestras precarias herramientas.

Pero, si como señala Sara Castro-Klaren "la frontera es una dinámica de negociación" y "una zona de combate" (2), ¿qué significa negociar desde la diferencia nuestro posicionamiento como sujetos del margen? Recuerdo que un lema de una aerolínea interna norteamericana atrajo vivamente mi atención: "You don't get what you deserve, you get what you negotiate." ¿Cómo hacer operar para nuestro propio provecho tan salvaje principio de la nueva cultura transnacional y masmediática? Negociar parece ser la fórmula que define la práctica multiposicional de los sujetos de la globalización y puede ser resignificada para nuestro posicionamiento en los márgenes. No una negociación que cancele la diferencia, sino que la ponga a interactuar con lo que la esfera de lo global nos impone y que incorporamos a nuestra experiencia cotidiana.

Otra metáfora aflora con idéntica dirección argumentativa: el subalterno es, en palabras del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, "a mutating,

migrating subject . . .” (121); un “mutante” no porque se despoje de su múltiple naturaleza, sino porque la hace funcionar con una percepción especial para trocar su dinámica de adaptación a las cambiantes situaciones que ocupa a diario.

No hay duda ya de que nuestro posicionamiento en el margen nos construye como una identidad plural, multifacética. El otro no siempre es el dominador, el centro, el capital, como los binarismos hoy cuestionados antes planteaban; es también en ocasiones, el margen de nuestro margen, más subalterno o marginal que aquel del locus donde nuestro yo se posiciona. Centro-periferia son localizaciones móviles que no corresponden de manera fija con determinadas identidades homogéneas; son lugares comodines, disponibles para ser ocupados sucesivamente por diferentes sujetos.

Como partícipes de una cultura de fuerte hibridización, poseemos, en palabras de Javier Sáez (un arquitecto colega de Mar del Plata), una “sensibilidad anfibiológica” (sic): como anfibios capaces de adaptarse a todos los estados posibles (agua, aire, tierra), nuestra vocación de supervivientes en la intemperie nos confiere un talento peculiar. Capitalizar esta fragmentación centrífuga con estrategias de supervivencia dentro de un mapa cultural de fronteras huidizas, quizás sea la imagen más cercana para nuestra condición multifacética. Este discurso disruptivo quizás pueda mostrarnos el trazado de la ruta que nos permite cada mañana “entrar y salir de la modernidad” (Canclini), como un hábito más incorporado a nuestro imaginario, abiertas ya las puertas a un seductor pero inequitativo tercer milenio. Las metáforas de la intemperie y su paradójica contracara (las argucias del superviviente) inscriben nuestra identidad con su implacable lógica simultánea.

Enuncio desde márgenes apenas delineados, márgenes en permanente movilidad, no para representar a mis iguales sino para reconocer mis diferentes rostros, mi inexplicable condición poscolonial, argentina, latinoamericana, mis precarias certidumbres, mis devaluadas utopías. Mi decir es un campo de ensayo, no una verificación de lo real, sino una prueba para dejar operar estas incertezas, con la esperanza de que aflore una reflexión que me contenga, aún en la contradicción.

OBRAS CITADAS

Anzaldúa, Gloria. 1987. *Borderland/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Spinsters/Aunt Lute.

- Bhabha, Homi. 1994. *The Location of Culture*. London: Routledge.
- Castro-Klarén, Sara. 1997. "Apuntes para una revisión del objeto cultural 'Literatura.'" Documento de Taller para Jalla 1997. Ecuador (agosto).
- Castro-Gómez, Santiago. 1996. "Razón postcolonial y filosofía latinoamericana." *Crítica de la razón latinoamericana*. Barcelona: s/e.
- Escobar, Ticio. 1988. "Posmodernismo/ Precapitalismo." *Casa de las Américas* 68 (mayo-junio): 13-19.
- Ferrer, Christian. 1996. *El mal de ojo*. Buenos Aires: Colihue.
- García Canclini, Néstor. 1992. *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- . 1995. "The Hybrid: A Conversation." *The Postmodernism Debate in Latin America*. Eds. John Beverley et al. Durham: Duke University Press.
- Hall, Stuart. 1991. "The Local and the Global: Globalization and Ethnicity." *Culture, Globalization and the World-System: Contemporary Conditions for the Representation of Identity*. Ed. A. D. King.
- Latin American Subaltern Studies Group (GLES). 1993. "Founding Statement." *boundary 2* 20.3 (Fall): 110-21. Reprinted in *Dispositio/n* 19.46 (1994 [1996]): 1-11.
- Mignolo, Walter D. 1995a. "La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales." *CeLeHis* 4-5: 265-90.
- . 1995b. "Escribir por mandato y para la emancipación (¿descolonización?): autobiografías de resistencia y resistencia a la autobiografía." *La situación autobiográfica*. Ed. Juan Orbe. Buenos Aires: Corregidor: 173-97.
- . 1995c. "Decires fuera de lugar: sujetos dicentes, roles sociales y formas de inscripción." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 22.41: 9-31.
- . 1996a. "Linguistic Maps, Literary Geographies and Cultural Landscapes: Languages, Languaging and (Trans)nationalism." *A Journal of Literary History* 57.2 (June): 181-96.
- . 1996b. "Are Subaltern Studies Postmodernist or Postcolonial? The Politics and Sensibilities of Geo-cultural Locations." Documento de Trabajo.
- Sáez, Javier. 1997. "Lógicas proyectuales: teorías, teorizaciones y hábitos en la arquitectura del siglo XX." Proyecto de investigación inédito. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Richards, Nelly. 1987-1988. "Postmodern and Periphery." *Third Text* 2: 6-12.
- . 1991. "Periferias culturales y descentramientos postmodernos: (marginalidad latinoamericana y recompaginación de los márgenes)." *Punto de vista* 14.40 (jul-sept): 5-6.
- Rowe, William. 1997. "Formaciones sociales, discursos, conocimiento." Documento de Taller 2 para Jalla 1997. Ecuador (agosto).